

---

## Sección Bibliográfica

---

Ignacio Sotelo, *Sociología de América Latina. Estructuras y Problemas*. Madrid, Editorial Tecnos, 1975, 214 p.

El libro nos presenta una visión general de la realidad actual de América Latina, por tanto, tiene un carácter introductorio a la sociología latinoamericana. El esfuerzo del autor está dirigido a la "organización de los hechos conocidos, dentro de los esquemas teóricos que hoy dominan la sociología latinoamericana, para desde ellos, con variada fortuna, intentar abrir nuevos caminos" (p. 12). Aclara el autor en su introducción que esta tarea exige cierto grado de generalización y de sistematización; y que se adoptará una perspectiva latinoamericana, esto es, se recurrirá a la literatura científica producida en la región con el fin de mostrar los intereses básicos que los mismos latinoamericanos formulan, y de evitar la visión mediatizada de América Latina que se presenta en Europa, visión mediatizada por los intereses y prejuicios de los países dominantes.

En el primer capítulo se analizarán las diferentes corrientes sociológicas que han dominado en América Latina. Empieza por el análisis, superficial, del positivismo durante

el siglo XIX y principios del XX. El pensador latinoamericano de esta época intentará vanamente la adopción de pautas foráneas (Alberdi, Sarmiento) En su búsqueda de soluciones a problemas como la inestabilidad política y el atraso social, el intelectual se avoca al estudio de la sociología. Será el modelo de Augusto Comte, la fe en el orden y el progreso, el que encuentre más acogida. Sin embargo, la escuela positivista estará preñada de cierto eclecticismo; se pasará del mecanismo comtiano al organicismo spenceriano. Con el fin del positivismo surgirá una corriente metafísica y espiritualista que defenderá los valores tradicionales, éste sería el caso de Vasconcelos y Alfonso Caso. Otra de las mezclas será la del marxismo con el positivismo, cuyos representantes son los argentinos Juan B. Justo y José Ingenieros.

Estos pensadores impregnados de positivismo postularon un liberalismo librecambista que se derrumbaría con la gran crisis mundial del capitalismo en 1929. La industrialización de América Latina se vio reforzada por la "sociología científica", las teorías desarrollistas de la década de los cincuenta. La preocupación entonces, era la de desarrollar econó-

mica y socialmente a la región. Para ésto, se importan de Estados Unidos conceptos y técnicas de investigación; la Sociología Científica era de carácter imitativo, empirista y pragmático.

A fines de los sesenta el fracaso de esta corriente científicista es evidente: el modelo teórico importado impidió aprehender la realidad como tal. Se patentiza que en América Latina no tenían cabida modelos teóricos surgidos de sociedades "desarrolladas"; se precisaba entonces una sociología del cambio, una sociología del desarrollo, la que sin embargo, de nuevo se elabora bajo los supuestos metodológicos de esta sociología científica o estática. Esta corriente definirá a las sociedades subdesarrolladas por oposición a las desarrolladas. Aparecen los conceptos de Max Weber: aislamiento de la sociología de toda filosofía de la historia, de todo planteamiento filosófico e ideológico. Se girará en torno a un dualismo: sociedad moderna y sociedad tradicional. Así, América Latina adquirió un aparato conceptual y una técnica de investigación definida no por el estudio de su realidad sino por la vía de la negación o la oposición y una filosofía de la historia que le negaba el acceso a su propio pasado histórico.

Con el triunfo de la Revolución cubana se introduce en la región latinoamericana el neo-marxismo, una nueva visión no estalinista. (El estalinismo había sido manejado anteriormente por los Partidos Comunistas). A la luz de esta nueva visión de la teoría marxista se analizará el subdesarrollo ya no como oposición antitética con el desarrollo sino dialécticamente, se los verá como dos caras de una misma medalla, como "expresión de la contradicción interna del capitalismo, condenado en su

despliegue histórico, a crear a la vez desarrollo y subdesarrollo" (p. 27). Esto es, al esquema "dualista" se le opone uno "monista".

El autor presenta aquí unas consideraciones personales al respecto. Nos dice que puede caerse en un dogmatismo al oponer y rechazar completamente uno de los polos de esta relación dualismo-monismo. Propone entonces la conjugación de elementos entre estas dos corrientes apoyándose en lo que él llama la "nueva sociología" latinoamericana. Esta "nueva sociología" rechazaría los esquemas dualistas importados sin caer en el espejismo revolucionario; se acercaría a la realidad propia con estas herramientas para dar a luz una nueva interpretación del desarrollo latinoamericano sin vulgarizar los principios marxistas, antes bien, los aplicaría y asimilaría a realidades concretas.

Desde esta perspectiva de la nueva sociología el autor pasará a la sistematización de los problemas sociales y económicos latinoamericanos. En los dos capítulos siguientes tratará sobre la colonización americana y sobre el carácter que tuvo: la polémica entre el capitalismo y el feudalismo que tendrá su origen en las interpretaciones dualistas y monistas, y que determinará todos los demás planteamientos acerca del desarrollo latinoamericano.

El planteamiento de que la colonización de América tuvo un carácter feudal se enmarca en las interpretaciones derivadas del positivismo y posteriormente de las teorías desarrollistas. También el marxismo alentó la idea de feudalismo colonial latinoamericano como origen del subdesarrollo actual: el subdesarrollo no sería sino el resultado de estas estructuras feudales que impidieron un desarrollo autónomo del capitalis-

mo. Esta tesis se ve refutada recientemente con la aparición de su antítesis: América Latina sería capitalista desde su conquista, ya que el desarrollo del capitalismo la absorbe como fuente de acumulación; el subdesarrollo vendría de esa constante descapitalización a la que la someten las metrópolis. Para esta corriente el feudalismo nunca ha existido: simplemente el tipo de relaciones capitalistas fue diferente. El autor señala la necesidad de superar esta "falsa problemática", derivada de la utilización de esquemas foráneos, y propone una salida un tanto eclecticista: como el problema importante sería el de hacer notar la peculiaridad de las estructuras internas de América Latina, y su relación de dependencia con las metrópolis, la solución sería hablar de un "feudalismo tardío colonial vinculado al capitalismo europeo" o bien de un "capitalismo embrionario y dependiente".

Antes de pasar a hacer una tipología de la colonización iberoamericana, en la que la tesis central es que hubo una "multiplicidad de formas de colonización", se hace un análisis de la situación socioeconómica de España en esa época como una explicación a las contradicciones que se presentan en la colonia. Nos indica el autor que la paradoja española consistió en haber sido "el primer Estado moderno, en forma de un aparato burocrático centralizado, dependiente del poder absoluto del monarca, sobre una base social en la que prevalecen los intereses económicos de la clase dominante" (p. 50), es decir, se presentaba la coexistencia de elementos feudales y capitalistas.

En este tercer capítulo dará un panorama de la colonización americana destacándose las siguientes te-

sis: 1) la colonización fue una empresa de carácter mercantil y privado, que tiene su origen en la iniciativa particular aunque los reyes intervinieran en ella. 2) la minería pronto se convierte en la principal actividad económica, de donde el modelo de colonización fue minero. El problema más agudo que presenta este modelo minero de colonización será el de la disposición de mano de obra: se recurre al trabajo forzado de la población indígena lo que frenará el desarrollo de un proletariado dispuesto a vender su fuerza de trabajo. Surgen así la encomienda, sistema de explotación directa de la fuerza de trabajo, y el sistema tributario, forma indirecta de explotación.

Muy pronto, aún en el siglo XVI, aparecen los antagonismos entre las tendencias despótico-tributarias de la corona y las "feudalizante-capitalizantes" de los encomenderos. Es decir, el encomendero eleva pretensiones "feudales" frente a la corona mostrando tendencias capitalistas, ya que el hecho de tener mano de obra esclava posibilitó la explotación de minas, obrajes, etc. Una tercera tesis importante es la que nos plantea la posición que adoptó España de intermediaria entre las colonias y la Europa occidental. Así, las primeras van a contribuir a la acumulación originaria de los países industrializados.

La segunda parte del libro trata sobre lo que el autor denomina "estructuras básicas". Estas son: la estructura agraria, urbanización y demografía, la industrialización y la marginalidad. Trataremos de exponer sus tesis fundamentales.

Define la estructura agraria como el "conjunto de relaciones e instituciones económico-sociales que regulan la utilización de la tierra como fac-

tor de producción" (p. 64). El carácter fundamental de la estructura agraria en América Latina está determinado por el grado de concentración de la tierra: grandes extensiones en pocas manos y la mayoría desposeída. También es determinante el hecho de que está fraccionada en unidades irrentables. El problema del latifundismo no se reduce a las grandes concentraciones de tierra, sino que lleva implícitas una serie de relaciones de explotación. Las formas fundamentales del latifundio serían la hacienda y la plantación, la primera se origina en la colonización minera y cumple con el objetivo de monopolizar los factores de la producción: la tierra, el agua y la fuerza de trabajo al acaparar a la población servil. La hacienda genera relaciones paternalistas que robustecen la servidumbre y la explotación. La plantación se caracteriza por producir para un mercado externo por lo que requiere de grandes inversiones. En un principio utilizó mano de obra esclava, y posteriormente, con la ampliación y la diversificación de la producción, se sustituye por asalariada. Siempre ha estado vinculada a los sectores externos. Se analizan también otras formas de tenencia: el minifundio, la estancia ganadera y la comunidad indígena. Al no poseer tierra el 80% de la población agraria en América Latina, se dan formas precarias de tenencia: la aparcería, el arrendamiento, el peonaje.

Estas estructuras agrarias son incapaces de satisfacer la demanda de trabajo y alimento de la población, que crece constantemente. Esta desocupación origina un movimiento migratorio en el campesinado, el éxodo rural vendría a aumentar el marginalismo urbano. Las reformas agrarias emprendidas por los gobiernos y

avaladas por la Alianza para el Progreso fracasaron al no tocar el punto clave del problema: la pésima distribución de la tierra. Por otra parte, su objetivo final fue el de la adaptación de las relaciones sociales del campo a las estructuras capitalistas tradicionales, así "la posibilidad de una reforma exclusivamente agraria, en el marco de las relaciones sociales dadas, es una entelequia reaccionaria utópica" (p. 83).

Otra de las estructuras básicas sería la urbanización. El autor revisa el proceso histórico latinoamericano de urbanización: los países de esta región se caracterizarán por un gran porcentaje de población urbana, fenómeno que, como vimos, se ve agudizado por la crisis de las estructuras agrarias tradicionales. Pese a haber estado vinculados en un primer momento, el proceso de urbanización y el de industrialización son autónomos. En América, la urbanización precedió a la industrialización: fue una urbanización pre industrial, agrícola y mercantil. El éxodo rural va a provocar el fenómeno de la "superurbanización", que expresa la "incapacidad de la ciudad de proporcionar ocupación, vivienda y servicios a una parte considerable y creciente de la población en ella establecida" (p. 102). Como producto de esta superurbanización surgirán las ciudades marginales, cuyos pobladores van a ser intermediarios entre las formas de vida urbanas y campesinas. Este fenómeno ocasiona también la aparición de la "cultura de la pobreza".

En el capítulo referente a la industrialización, el autor empieza por definir el subdesarrollo latinoamericano como "la falta o... lasitud excesiva del proceso de industrialización que, en el siglo XIX, transforma por completo los países del Atlántico

Norte" (p. 107). El período definitorio del subdesarrollo latinoamericano se precisa entre 1870 y 1930, época en que América Latina se integra al capitalismo industrial como proveedora de materias primas; "la explotación de recursos agrícolas y mineros de la América Latina se actualiza como consecuencia de la transformación socioeconómica del que luego se llegará a llamar primer mundo" (p. 112). Esas regiones agrícolas y mineras constituirán economías de enclave, sectores vinculados a la exportación que tendrán un crecimiento fulminante. Este modelo agro-minero exportador demostrará su vulnerabilidad con la crisis capitalista de 1929: con ella, la demanda de materias primas se contrae. Otro hecho importante es el desplazamiento del capital europeo de América Latina conformándose así la hegemonía norteamericana, cuyo modelo ya no será el de importar materias primas y exportar productos manufacturados, sino exportar capital y reimportar plusvalía. América Latina se ve obligada a implementar un programa de sustitución de importaciones que se ve reforzado con la segunda guerra mundial, al volverse a dilatar la demanda de materias primas por parte de los países en guerra, con lo que se producirán excedentes destinados a los nuevos programas industriales. Esta industrialización no fue autónoma, estuvo avalada por los capitales extranjeros. Con esto, la dependencia se agudiza, ya que se importa la tecnología y se sigue dependiendo de los excedentes del sector externo; a la vez, la exportación de materias primas impide que se efectúe una verdadera reforma agraria. En este proceso, el Estado asumió el papel de promotor del desarrollo.

La última de las estructuras bá-

sicas que el autor analiza es la marginalidad. Esta población marginal será producida por el sistema capitalista dependiente al romper el equilibrio tradicional existente entre mano de obra y fuerzas productivas. El rasgo definitorio de la población marginal es el hecho de no estar integrada en el proceso de producción, de ahí que no participe tampoco en el consumo. A pesar de ser fundamentalmente población desocupada, no formaría parte del ejército industrial de reserva al no tener ninguna participación en la determinación del monto de los salarios. La marginalidad es producto de las estructuras básicas del sistema capitalista, entonces —nos dice el autor— su causa última sería el control extranjero de la industria, ya que las inversiones aumentan la capacidad productiva sin ampliar el número de empleos. Es así que el concepto de marginalidad implicaría el de dependencia. Sobre éste, el autor sostiene la necesidad de aprehenderlo dialécticamente, no tomándolo como la causa de la marginalidad, sino como parte de un todo que sería el desarrollo del capitalismo mundial o como parte de la dialéctica de la dominación.

En la tercera y última parte del libro, el autor pasa a determinar la estructura de clases en función de la formación de un Estado capaz de promover un cambio revolucionario. A falta de homogeneidad en las diferentes clases, propone el término "sectores" aclarando que su valor analítico es nulo. Los "sectores populares" serían los formados por la masa de población rural y urbana que no está integrada a los sectores productivos más dinámicos "más las capas sociales asalariadas que realizan un trabajo manual en el sector manufacturero, es decir, el proleta-

riado industrial" (p. 152). Otro sector sería el campesinado. La función de este sector en el desarrollo, o su potencialidad revolucionaria se verá limitada, según el autor, a servir de apoyo a un proceso revolucionario que se inicie en la ciudad: "el futuro de América Latina depende, cada día más, de la dinámica revolucionaria de los sectores medios" (p. 155). Dentro de los sectores populares urbanos el grupo "privilegiado" es el proletariado industrial. Este grupo constituye el 7% de la población latinoamericana y está organizado en sindicatos con una política reivindicatoria, sometido al paternalismo del Estado. Por último, las clases medias serían las promotoras del cambio, ya que éste, para triunfar, deberá ser dirigido por un Estado fuerte y hegemónico, único empresario concebible en un proceso de industrialización: "Según sea el conglomerado de fuerzas sociales en que se apoye —a la cabeza de una clase media intelectual y tecnocrática pero con mayor o menor presencia de un proletariado consciente y organizado— irá configurándose el socialismo latinoamericano" (p. 207).

La utilización de una gran cantidad de fuentes, tanto "clásicas" como latinoamericanas, así como de material estadístico preciso, hacen de este libro una fuente importante. Constituye también un punto de partida hacia la discusión de las categorías y estructuras latinoamericanas al presentar un nuevo intento metodológico y de reinterpretación de los problemas claves del subdesarrollo de la región, por lo que recomendamos ampliamente su lectura.

Verónica Vázquez

*Lecourt-Lissenko y el problema del stalinismo.*

0.—

"Lyssenko: histoire réelle d'une "science prolétarienne" <sup>1</sup> pretende una de las tareas que los científicos marxistas han hecho con menos fortuna: realizar un análisis marxista de la historia de su propia producción "marxista".

Sólo por ello, el libro de Dominique Lecourt merecería ser analizado con cierto detenimiento. Abordar, como marxista, el estudio, y eventualmente la crítica de posiciones teóricas e ideológicas que, aunque hoy ya viejas, fueron durante años el corazón de la ortodoxia oficial marxista no es algo que merezca pasar desapercibido.

Pero el mérito de Lecourt no se agota en un cierto coraje intelectual. Más allá de ello, lo que el autor nos anuncia es una intervención teórica en dos campos particularmente problemáticos de la teoría marxista: el problema epistemológico de la distinción entre ciencia e ideología, y el problema político del stalinismo.

Ante el primero, o sea el de la distinción entre ciencia e ideología, Lecourt sólo intenta, apoyado en la versión althusseriana del problema, una negación de la "teoría" de las dos ciencias. Más adelante veremos que su éxito en ese sentido es sólo relativo. Pero es ante el problema político del stalinismo donde Lecourt, utilizando el análisis del "caso Lissenko", se adentrará en consideraciones efectivamente originales.

<sup>1</sup> Dominique Lecourt: *Lissenko: histoire réelle d'une "science prolétarienne"*. Avant propos de Louis Althusser. Paris: Maspero, 1976, 255 págs.